

Gabriela Roepke

#12586

“Me defino como una típica Libra”

ES rubia, blanca, de regular estatura. Parece una gringa recién importada del Norte. A veces, cuando habla, su mímica es tan eficaz que semejaría representar una obra de teatro..., pero no aquí: en Broadway.

Gabriela Roepke, profesora y dramaturga chilena, ha venido a pasar las fiestas de fin de año con su familia, ha reencontrado a sus amigos, a Santiago, el campo, pero los días vuelan y las vacaciones llegan a su fin. Nos cuenta que vive en los Estados Unidos de firme hace catorce años. Antes había estado por un año y medio, con una beca Fulbright, en Carolina del Norte, donde estudió técnica del drama. También estuvo en París, con el objetivo de aprender Historia del Teatro en la Sorbona.

En 1966 se fue a Kansas, en el centro de los Estados Unidos, como profesora invitada del departamento de drama de la Universidad. Más adelante obtuvo una beca Guggenheim, que le daba libertad para ir a la ciudad que ella prefiriera. ¿Qué hizo entonces Gabriela Roepke? A ojos cerrados eligió Nueva York, donde estaba todo lo que podía desear en materia de teatro y de arte. Allí se encontró con Tito Capobianco, director de ópera argentino, quien ocupaba el cargo de director del departamento de ópera de la Julliard School of Music. Capobianco convenció a Gabriela para que trabajara con él. Estuvo varios años en Julliard y posteriormente fue contratada por la Escuela de Artes de Filadelfia, donde se desempeña como profesora hasta el momento, pero continúa viviendo en Nueva York.

Gabriela Roepke empezó como poetisa, publicando dos libros de poemas, **Primeras Canciones** y **Jardín Solo**.

Fue cofundadora del Teatro de Ensayo de la Universidad Católica, junto con Pedro Mortheiru, Fernando Debesa, Roque Esteban Scarpa y otros. Con gran pasión y entusiasmo participó en las actividades de ese teatro universitario, por lo que, en forma llamada por ella **natural**, comenzó a escribir teatro. Por su obra **La Invitación** recibió el Premio Municipal de Teatro. Varias otras le son estrenadas en Santiago y una en Lima. En total ha escrito 15 obras, incluyendo una para niños. Desde que, radicada en Nueva York, empezó a trabajar en Julliard, su principal actividad está relacionada con la ópera, pero esporádicamente da cursos y seminarios sobre teatro francés y latinoamericano.



Nació en Santiago, la mayor de tres hermanas, y desde muy pequeña recibió la influencia del ambiente de su casa en el que la literatura y la música ocupaban un lugar preferente.

Nos cuenta que su madre era muy amiga de Gabriela Mistral y que, por ella, lleva ese nombre. Recuerda haber visto a la Mistral en su casa muchas veces e, incluso, en más de una oportunidad haberle cedido su pieza para que durmiera la siesta. Agrega que, desde chica, fue muy imaginativa. A los cuatro o cinco años hacía sentarse a toda su familia en el salón y ella se paseaba contando cuentos que iba inventando en ese momento.

Los dos primeros años de colegio los hizo en París, en las monjas de Nuestra Señora de la Asunción. Luego, de vuelta a Chile, entra al Colegio Universitario Inglés donde cursa hasta sexto año de humanidades.

Además del Teatro de Ensayo, hizo clases de actuación en el Colegio Saint George, escribió sobre teatro en algunos diarios, colaboró en la revista **Estanquero**, hizo teatro en el Instituto Chileno-Francés de Cultura, etc. Termina esta enumeración y agrega, riéndose: "Como ve, sólo teatro y actividades intelectuales; en esos tiempos no era capaz de coser un botón, no sabía nada de cocina, mi única gracia 'doméstica' era hacer un **chimbo** una vez al año. Después he aprendido a ser una dueña de casa bastante pasable..."



Lleva su nombre, Gabriela, porque la familia tenía a la Mistral a domicilio.

—¿Qué impresión le produce ver sus personajes representados en un escenario?

—Verse representada en el teatro es exquisito, pero, al mismo tiempo, aterrador. ¡Son tan diferentes los personajes en el papel que viviendo en el escenario!

—¿Algunas obras tuyas han sido traducidas al inglés?

—Los Peligros de la Buena Literatura y La Mariposa Blanca. Las dos las escribí en 1957, en Carolina del Norte, y con la traducción de uno de mis profesores fueron estrenadas allá. La Mariposa Blanca, posteriormente, se convirtió en ópera y se dio en el Lincoln Center en Nueva York.

—¿Qué motivos la impulsan a escribir?

—Tal vez porque es una forma de decir cosas que de otro modo yo no diría. Escribir, y sobre todo escribir teatro, es una manera de descubrirse facetas que uno sólo intuye que tiene y, luego, proyectarlas en los personajes.

—¿Qué tipo de personajes le atrae más crear?

—Los que parecen ser algo que realmente no son, que se esconden tras una fachada que se derrumba en el momento crucial. También me atraen los personajes poéticos y los humorísticos.

—En el colegio, ¿había alguna actividad literaria que fuera un estímulo para su vocación de escritora?

—No, en ese tiempo no existían academias literarias en los colegios. Yo sólo tenía un estímulo interior. Creo que la educación sólida de las monjas del Universitario Inglés tuvo una gran influencia en mi formación. Recuerdo el colegio con nostalgia. Oíamos misa todos los días, rezábamos el Rosario todos los días, existía un ambiente místico español, estilo medieval, muy atrayente.

—Y de la gente de teatro que trabajó con usted aquí, en Chile, ¿hay alguien a quien usted recuerde en forma preferente?

—Eugenio Dittborn, uno de mis más grandes amigos, fuimos muy unidos. Constituyó, ciertamente, una fuerte influencia en mi vida. También Luis Alberto Heiremans fue un amigo muy querido.

—Nueva York es una ciudad gigantesca, en que todo el mundo corre. Usted, que vive ahí, ¿la siente a veces como una especie de monstruo?

—Yo hago una vida bastante tranquila, no corro, me absorbo en mis actividades y pierdo un poco la noción, la perspectiva de esa ciudad enorme. Después de estar fuera, regreso y siento nuevamente el impacto de

la visión impresionante que es el perfil gigantesco de la ciudad. Sin embargo, cuando más **senti** a ese gigante fue justamente al producirse, hace un tiempo, el famoso apagón. Yo estaba en mi terraza, de pronto vi apagarse las luces de una calle y luego, en un segundo, todo ese mundo quedó negro, invisible. Fue realmente impresionante.

—¿Diría que Nueva York es deshumanizada?

—Todas las grandes ciudades lo son, en alguna medida. Sin embargo, he notado, ahora último, algo muy positivo y es que existe una preocupación por la gente de edad. Antes, todo estaba dirigido a la juventud. Ahora existen escuelas, incluso una universidad, que sólo admiten gente de sesenta años para arriba. Allí pueden seguir una serie de cursos de la más variada índole, hasta hay clases de bailes de salón. La gente se siente útil y eso es muy importante. A mí, si volviera a vivir en Chile, me interesaría iniciar algo parecido aquí porque, al fin y al cabo, todos vamos caminando hacia la misma edad.

—Si no fuera escritora, ¿qué le habría agradado ser?

—Me habría encantado ser arqueóloga. Siento un especial interés por la historia,

"Tengo tomates, ají, cilantro, una verdadera huerta en un vigésimosegundo piso de Manhattan"



—Algo que no puede pasar inadvertido: lo precioso y lo inmenso que está Santiago, los parques, los edificios iluminados, las plazas y jardines. Además, he redescubierto lo amable y "dije" que es la gente en Chile. Sin embargo, hay algunas cosas que no me han gustado tanto.

—¿Por ejemplo?

—Encuentro que la vida está carísima. Otra cosa que me ha sorprendido, o es que yo estoy olvidada, es la forma como se expresa la gente. Creo que años atrás se hablaba mejor.

—Usted me ha dicho que le interesa mantener contacto con Chile, ¿cómo planea hacerlo?

—Estoy en conversaciones con persone-ros de la Sociedad Chilena de Amigos de la Opera, para ver posibilidades de venir en el curso del año a dar algunos seminarios que tengan relación con la temporada de ópera. Esto me interesaría enormemente. Además, pronto empezaré a mandar algunos artículos sobre teatro y ópera. Esto sería en lo profesional. En el plano afectivo, mantengo estrecho contacto con toda mi familia, especialmente con mis hermanas, con quienes soy muy unida. Disfruto enormemente cada vez que me van a ver a Nueva York.

Martin Laso

sobre todo la de esas civilizaciones que se pierden en el tiempo.

—Usted, además de hacer clases, ¿realiza algún trabajo de creación actualmente?

—Escribo artículos sobre ópera en revistas especializadas, como *Opera News*, *Opera Journal*, etc. Son artículos de investigación sobre personajes de ópera que tengan procedencia histórica. Además, estoy trabajando en un libro sobre ópera.

—Con el tiempo, ¿cree que los gustos, cree que las aficiones cambian?

—A veces cambian, otras veces se mantienen, pero surgen nuevas. Yo era muy urbana. De chiquilla iba al campo todos los veranos. El primer día, con ojos de poeta, miraba el paisaje y lo encontraba maravilloso, al día siguiente estaba hasta la "coronilla" y empezaba a buscar pretextos para regresar pronto a Santiago. Ahora, *middle age* (de mediana edad), como dicen los ingleses, he venido a descubrir lo agradable que es nadar, bañarse en el mar, andar en bicicleta. Además, le he tomado el gusto al campo.

—¿Tiene algún hobby?

—La jardinería. Adoro las flores. En verano la terraza de mi departamento se convierte en un jardín. Tengo toda clase de flores, rosas, un naranjo, enredaderas. Además, planto tomates, ají verde, cilantro: una verdadera huerta. Y todo esto en el vigésimosegundo piso de un edificio en pleno Manhattan...

—La política, la economía, ¿tiene algún interés para usted?

—Como cultura general. Ahora, sí me interesan las proyecciones que estas materias pueden tener en el campo social.

—¿Qué condiciones humanas le impactan especialmente?

—Favorablemente me impresiona la gente sincera, abierta. Desfavorablemente, el exceso de frivolidad.

—¿Cómo se definiría usted?

—Como una persona que responde muy bien al signo que pertenece, Libra, que significa equilibrio.

—¿Qué le ha llamado la atención en esta venida a Chile?



"Antes todo estaba dirigido hacia la juventud, en Nueva York. Ahora existe gran preocupación por la gente de edad. Hay universidades que sólo admiten gente de sesenta para arriba".